

Índice

<i>Prólogo</i>	9
<i>Nota de la autora</i>	17
Capítulo 1. Infancia	19
Capítulo 2. Juventud.....	35
Capítulo 3. Franz.....	59
Capítulo 4. Crisis.....	71
Capítulo 5. Los años Roché (1920-1922)	87
Capítulo 6. Berlín (1922-1925)	117
Capítulo 7. París (1925-1933)	151
Capítulo 8. Sola	195
Capítulo 9. Los años negros (1938-1947).....	215
Capítulo 10. Estados Unidos.....	247
Capítulo 11. Vejez.....	253
Capítulo 12. Post mórtem. La hechicera del siglo.....	281
<i>Notas biográficas</i>	287
<i>Bibliografía</i>	295
<i>Agradecimientos</i>	299

Prólogo

Todo el mundo cree que la conoce. Se llama Helen Hessel. Jeanne Moreau la encarnó en el cine de forma soberbia, en la película de François Truffaut, *Jules y Jim*. Es su auténtica protagonista, aunque su nombre no aparezca en el título. Henri-Pierre Roché, el autor de la novela homónima en la que se basa la película, llevaba mucho tiempo intentando escribir un libro que no girase alrededor de Kathe (Helen). Fue en vano. En cuanto aparece en el relato, el libro sólo se ocupa de ella. Está en todas partes, Helen-Kathe-Catherine-Jeanne, la deslumbrante, que se sale de las páginas y de la pantalla.

¿Quién era? ¿De dónde venía?

Cuando era joven, durante diez años, Helen Hessel estudió pintura, pero no le gustaba que dijeran de ella que era pintora. Sin embargo, a principios de siglo y durante varios años, fue la alumna de Käthe Kollwitz, en la Academia de Berlín, donde hizo las primeras grandes amistades de su vida con artistas, pintores, escultores y fotógrafos. Así que fue pintora, pero no queda de ella ningún cuadro, y más adelante veremos por qué. Sin embargo, incluso después de haber dejado de pintar, toda su vida estuvo marcada por la pintura y murió rodeada de cuadros que cubrían los muros de su habitación por completo. Marie Laurencin, Picasso, Derain, Pascin, Max Ernst, Marcel Duchamp, Man Ray, Picabia... la lista de todos los que conoció o trató es larga.

Helen fue también, y en varias ocasiones, ya que se casaron dos veces, se divorciaron dos veces y volvieron a vivir juntos, empujados por las circunstancias, la mujer (y después

la viuda) de Franz Hessel. Este escritor alemán, tan discreto que estuvo a punto de caer en el olvido, ha salido de la sombra hace relativamente poco. Franz Hessel, traductor de Proust, que recorrió y describió tan bien Berlín y París, en compañía de su gran amigo Walter Benjamin. Franz Hessel, autor de novelas intimistas marcadas por una inmovilidad contemplativa, de relatos cincelados en equilibrio entre el vacío y sensaciones muy definidas. En nuestra percepción francesa, truffautiana y perezosa, Franz Hessel es Jules, el bajito y regordete con cálido acento alemán. Fue mucho más que eso y el descubrimiento tardío de sus obras en Alemania y en Francia le ha valido en la actualidad un público atento. No muchos de sus lectores saben que este escritor hipersensible fue el marido del jubiloso tornado encarnado por Jeanne Moreau. Sin embargo Franz Hessel escribió de manera constante sobre Helen, alrededor de ella, en sus novelas de reminiscencias. Sobre ella, sobre sus amantes, sobre él, sobre el padre de Helen también, protagonista de su último libro, en el que asoma una identificación turbadora entre el autor y su modelo, en el que reproduce sus conversaciones de dos hombres que envejecen, muchas de las cuales tratan... de Helen.

En Alemania Helen es conocida sobre todo como periodista. Había empezado a publicar artículos y aforismos en revistas alemanas en el periodo de entreguerras. Más adelante escribió durante años una crónica de moda muy dinámica en el suplemento semanal del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, del que fue corresponsal en París. Habla de moda evidentemente, de telas, cortes, vestidos y sombreros, en términos a veces asombrosos y fulgurantes, pero hace mucho más: evoca la ciudad de París, su atmósfera. Sus temas pueden ser las largas melenas desparramadas por el suelo de las peluquerías —que las mujeres de la época se cortaban al unísono— o la lluvia sobre las alcachofas delante de una verdulería. Helen Hessel escribe sobre las pequeñas cosas que dejan adivinar una ciudad en el momento mismo en que Benjamin escribía *El libro de los pasajes* y traducía a Proust junto con Franz Hessel. Encontramos muchas connivencias e interferencias entre estos escritos

de Benjamin y las crónicas de Helen Hessel, que Adorno leía y apreciaba.

Desde hace unos quince años Helen Hessel es conocida en Francia como escritora por un público restringido, la cofradía formada por los lectores de su *Diario*, obra asombrosa, llena de fuerza y de audacia que relata los primeros tiempos de una pasión y lleva muy lejos las fronteras de la enunciación: el amor, uno mismo, el otro, los otros que están alrededor, los sentimientos, las sensaciones, los repliegues negativos, el fulgor.

Una de sus particularidades, y no de las menos importantes, es que está escrito en tres idiomas mezclados, francés, inglés y alemán, lo que no aparece en la versión publicada por André Dimanche, en la que los pasajes en otros idiomas están escritos sólo en cursiva. Hay que leer el manuscrito para ser consciente de la fuerza de esta escritura vertiginosa: el alemán que estalla de repente en el corazón de una frase francesa, una línea que se desliza a la intimidad y al inglés al mismo tiempo, una palabra en otro idioma, elegido de forma voluntaria para buscar la precisión, el alemán de nuevo cuando estalla la ira, las puntualizaciones implacables. El efecto es caleidoscópico, por las múltiples combinaciones de alusiones, matices, juegos de estilo.

Obra fundamental, asombrosa, que sitúa a Helen al lado de las mayores enamoradas, las grandes maestras de la escritura íntima (Catherine Pozzi o Marie Bashkirtseff, por ejemplo). Pero es una obra engañosa. Debemos desconfiar de este *Diario*. Escritura espléndida y fuerte del relato íntimo de los inicios de un amor, pero visto a través de tantos prismas...

No es un auténtico diario, llevado día a día, está escrito en esta forma a petición del enamorado, Henri-Pierre Roché, como contrapunto a sus propios diarios íntimos. Roché, aficionado al arte, coleccionista sagaz, escritor tardío y autor de esos cuadernitos minuciosos que le dieron a conocer, quería una obra a varias voces alrededor de su historia, un relato en el que cada uno de los protagonistas escribiera su versión, en la que se pudiera escuchar al amante (él), a la amante (Helen),

al marido (Franz, que nunca se prestó a ello, salvo para algunos fragmentos) y a la hermana de la amante (Bobann, también amante efímera de Roché y de Franz, que tampoco escribió su versión). Helen aceptó dedicar varios meses a la redacción de este texto, que enviaba a Roché a medida que lo iba escribiendo, pues en ese momento vivían separados, él en París y ella en Baviera. Es, por lo tanto, un relato escrito para él, cuando Helen estaba en la cima del amor.

Helen, que nunca aparecía con exactitud donde la esperaban, al mismo tiempo que el relato íntimo que le habían pedido, trata de llamar la atención de Roché, de sorprenderle, pasándose de rosca, provocando, arreglando la historia a su manera. Este *Diario* es pues un relato, pero también un escrito para seducir. La verdad se resiente con todo ello, rasgo característico de Helen, maestra en el arte de utilizar lo falso para alcanzar lo verdadero. Amplía el texto, se desborda, hace una especie de autobiografía, con lo que llama sus «visiones», párrafos que intercala, que son a menudo recuerdos, reminiscencias que llevan a una época anterior, que Helen evoca sin muchas explicaciones.

No obstante Helen fue mucho más que esta soberbia imagen enamorada y escribió y vivió muchas cosas más. Desde la publicación de su *Diario* toda una corriente feminista trata de recuperarla. Helen aparece a veces como víctima, aunque no lo era, o no lo era de forma exclusiva, o lo era siendo al mismo tiempo verdugo. Otras veces aparece como lesbiana, lo que tampoco era con claridad, aunque algunos episodios de su vida puedan hacerlo suponer. Una vez más no es fácil reducir a Helen a una identidad, se sale de la foto, hace volar en pedazos cualquier interpretación demasiado rígida.

Toda su vida es asombrosa, hecha de rupturas, desviaciones, compromisos.

Durante varios meses, abandonando a marido e hijos, fue granjera en Pomerania.

Construyó una casa en el Báltico.

Vio venir la llegada del nazismo con una lucidez y una perspicacia infalibles. Su casa de París fue durante aquellos

PRÓLOGO

años un bastión de la intelectualidad alemana. Gracias a los relatos de sus amigos alemanes muy pronto fue consciente de la transformación del país, el antisemitismo, la locura que crecía de forma meteórica, los internamientos, las afiliaciones, las medidas antijudías. Asistió impotente al hundimiento en el horror de todo un pueblo: el suyo. Vio cómo algunos de sus antiguos compañeros se unían al régimen que condenaba a muerte a su marido y a sus hijos. Uno de sus propios sobrinos, al que tanto había amado de niño, se unió a las filas hitlerianas.

Ante tantas pruebas, nunca se rindió. En 1938 Helen Hessel irá sola, de manera valerosa, a sacar a su inconsciente ex marido judío de la ratonera berlinesa de la que se negaba a huir. Cuando lo dejó seguro al otro lado de la frontera volvió a Berlín, donde asistió a la noche de los cristales rotos, de la que nos ha dejado un relato extraño y lúcido.

Helen Hessel, y esto no lo sabe mucha gente, redactará en 1939 junto con Aldous Huxley un llamamiento a las mujeres alemanas, exhortándolas a abandonar Alemania, a huir de este régimen con sus hijos, prometiéndoles ayuda y asistencia.

Encontró fuerza y valor en aquellos años uniéndose a los alemanes resistentes, a los proscritos del régimen, como Thomas Mann y su familia, el escritor Lion Feuchtwanger y Erich Klossowski (el padre de Balthus y de Pierre Klossowski), que fue para ella una ayuda valiosísima.

En 1939-1945, anticipándose al éxodo de los franceses, los Hessel se refugiaron en Sanary-sur-Mer, con la numerosa colonia de exiliados alemanes que había convertido esta ciudad en refugio. Allí detendrán a Franz y le enviarán al campo de Milles, como a otros tantos refugiados alemanes. Morirá de agotamiento poco después de su liberación.

Su hijo menor, Stéphane, se unirá muy pronto a De Gaulle en Inglaterra, pero será detenido durante una misión en Francia, deportado a Alemania y condenado a muerte. Una casualidad milagrosa le permitió asumir la identidad de un muerto y escapar.

El hijo mayor, Ulrich, fue detenido tres veces por los franceses: primero por los petainistas como alemán y dos veces más por los resistentes, sospechoso de ser un espía al servicio de Alemania.

Helen no fue internada gracias a su audacia, pues se desnudó delante del oficial que venía a detenerla (tenía casi 60 años), afirmando que llegaría así hasta la comisaría si persistían en quererla llevar. Ante la amenaza de escándalo, el oficial francés renunció a ello.

Durante ese periodo también intervino a favor de otros, utilizando sus (numerosas) relaciones para sacar a Walter Benjamin del campo de concentración de Colombes. En 1941 contribuyó a la evasión del socialista resistente Fritz Lamm y del escritor Victor Lammy. En París participó durante un tiempo en la Resistencia, sirviendo de correo para la red Greco, creada por su hijo Stéphane.

Conoció a Varian Fry, que abría vías de escape hacia Estados Unidos a través de los Pirineos, camino que ella también esperaba tomar, aunque no pudo hacerlo.

Tras la ocupación de la zona libre, trató de pasar a Suiza. No la dejaron cruzar la frontera y acabó la guerra a orillas del lago Lemán, refugiada en un castillo en el que se alojaban oficiales alemanes, que nunca sospecharon que ella lo era también.

Arruinada por la guerra (tuvo que vender los muebles para hacer frente a sus necesidades y a las de su hijo mayor, minusválido, durante todos esos años), Helen Hessel escribió en 1947 una obra de teatro, *Blut* [«Sangre»], en la que ponía en escena la intimidad de aquellos años negros, obra que nunca se llegó a estrenar.

Tras un breve periodo de desánimo y un intento de suicidio, pasó unos años en Estados Unidos, donde estaba destinado su hijo Stéphane. En lugar de quedarse en casa y ejercer de abuela, prefirió trabajar, con más de 60 años, como criada, dama de compañía y chófer, actividad que concluyó tras un accidente con un tren. Como treinta años antes, cuando desafiando al mundo entero bailó de forma tan peligrosa cerca de una locomotora que resultó herida.

Luego vuelve a París y se refugia en casa de Anne-Marie Uhde, hermana del coleccionista de pinturas naif, con quien vivirá durante treinta años.

Durante este periodo traduce varias obras, todas ellas extraordinarias en su género. Le debemos la versión alemana de la *Lolita*, de Nabokov, cuando tenía casi 75 años, y también la de *Noa-Noa*, el texto extraño y cautivador de Gauguin, donde relata sus aventuras tahitianas. En los años treinta ya había ayudado a la traducción trilingüe del enigmático libro sobre ajedrez de Marcel Duchamp, a quien también conoció bien.

Cuando en 1953 Roché publica *Jules y Jim*, el relato de su amor, hace mucho que no tiene contacto con él y no dice nada, no se manifiesta. En cambio, cuando François Truffaut, tras la muerte de Roché en 1959, decide trabajar sobre ese tema, se pone en contacto con él, revelándole quién es y su participación en la historia. Truffaut le tenía miedo. Entre ellos persistió un vínculo tenue, hasta la muerte de Helen, quien le consideraba, con una punta de ironía, su «biógrafo íntimo».

También es la madre de Stéphane Hessel, que tras ser uno de los primeros funcionarios de la ONU, es en la actualidad embajador de causas humanitarias y ha participado últimamente, entre otros combates, en la defensa activa de los inmigrantes sin papeles y militado a favor de la paz en Oriente Próximo.

Fue pintora, periodista, escritora, musa, inspiradora, feminista, resistente, traductora. Al final de su vida se consideraba filósofa. La gente se acercaba a ella temblando en sus últimos años, cuando destilaba sus palabras llenas de gran sabiduría y ligera locura desde la cama que ya no abandonaba. «Helen era un genio. Transformaba todo lo que tocaba, todo lo que evocaba, con la mera potencia de sus palabras», contaba Dina Vierny, quien la trató mucho durante aquellos años.

Helen vivió hasta los 96 años. Vivió durante casi un siglo y trató con todos los ya citados, además de Rainer Maria Rilke, Gisèle Freund, André Breton, Adrienne Monnier y Charlotte Wolff, quien sintió por ella una pasión violenta y breve.

Todo el mundo la conocía, conocía a todo el mundo, pero ¿quién era? ¿Quién era en realidad Helen Hessel, la hechicera del siglo, que impresionaba a todos los que se acercaban a ella?

Peligrosa Helen, luminosa, provocadora, insoportable, asombrosa, vital, valiente. Helen Hessel, de soltera Grund, es Grund como el suelo sobre el que crecían sus valerosas raíces, en el que dejó su intrépida huella.

Nota de la autora

La mención (J 32) remite a la página 32 del libro *Journal d'Helen. Lettres à Henri-Pierre Roché*, de Helen Hessel, edición de 1991, publicado en Marsella en la editorial André Dimanche.

La mención (27 de agosto de 1920, cuadernos Roché) remite al diario íntimo de Henri-Pierre Roché, en la fecha mencionada. Los cuadernos del periodo 1920-1921 fueron publicados por André Dimanche en 1990, pero la autora ha podido consultar el fondo Roché del Harry Ransom Center de Austin (Texas), donde se encuentra el conjunto de sus notas, cuadernos y agendas, que van desde 1905 hasta su muerte, en 1959.

En las citas de Helen las incorrecciones, muy creativas a veces, se han conservado en general*.

Al final de la obra hemos incluido breves biografías de personas más o menos conocidas que se cruzaron por el camino de Helen Hessel.

* Las palabras en inglés y en alemán que se incluyen en esta obra ponen de manifiesto un rasgo de estilo propio de Helen Hessel en la escritura de sus textos. [N. de la T].

CAPÍTULO 1

Infancia*

Lenchen gewinnt!

En uno de los grandes edificios burgueses de los barrios altos del oeste de Berlín, nació el 30 de abril de 1886 la pequeña Helen Katharina Anita Grund, quinta y última hija de Fritz Grund, banquero de 38 años, y de Julie-Anna Butte, su esposa, siete años más joven.

Otto, el hermano mayor, tiene 7 años cuando nace su hermana. Luego viene Ilse, de 6 años. Los gemelos Fritz y Johanna (conocida como Bobann) tienen apenas 2 años.

Es una familia acomodada: dos criadas y una niñera que se ocupa de los niños.

Helen se describe en su infancia como muy amada, cuidada y protegida, la benjamina adorada por todos, en especial por su padre, la que lo tenía todo permitido. *Lenchen gewinnt! Lenchen gewinnt!* [«¡La pequeña Helen ha ganado!»], gritaba la niñera cuando jugaba con sus hermanos, pues también la adoraba y se las arreglaba para dejarla ganar siempre.

Fritz, el padre, de una familia berlinesa importante en ese fin de siglo XIX, que dio al país grandes arquitectos —como el que reconstruyó la catedral de Altenburg—, altos funcionarios, montones de oficiales, los últimos de los cuales sirvie-

* Muchos elementos de la infancia de Helen se conocen gracias al libro de Franz Hessel, *El último viaje*, a sus cuadernos personales y sobre todo a su *Diario*. Algunas de las citas de este último proceden del manuscrito original consultado en Austin.

ron al káiser Guillermo II con talento y devoción. Sus valores morales eran los de un protestantismo riguroso. «Del lado paterno, el abuelo procede de una antigua familia prusiana. Era alto funcionario y me había aprendido de memoria su título largo y complicado: Su Excelencia...», anota Helen en sus recuerdos.

Este abuelo era un ejemplo de rigor moral. En la familia se contaba que con más de 80 años se negó a sentarse cuando se lo pedía el médico, alegando que no quería empezar a «adquirir malas costumbres».

Su mujer, de ascendencia noble, era de un carácter muy diferente. Helen: «Mi abuela, por su carácter alegre y despreocupado y por su forma franca de hablar, era el contrapeso de la ponderación de su marido. Siempre imponía su criterio cuando se trataba del tren de vida y de la educación de sus tres hijos».

Mientras el abuelo representaba la seriedad, el orden, el rigor, estas palabras sobre la abuela paterna, vital, alegre y tiránica, dibujan un retrato que se parece asombrosamente a la mujer que acabará siendo Helen más tarde. La impresión se refuerza en las líneas siguientes, en las que precisa: «A medida que mi abuelo avanzaba en su carrera, ella disfrutaba de los honores, sin perder por ello la independencia de su forma de pensar y sus inclinaciones frívolas. Tenía un secreto para evitar los obstáculos que le hubieran impedido disfrutar. (...) En este ambiente pasó su infancia mi padre, entre un padre riguroso —imbuido del sentido del deber— y una madre que, por su encanto personal, desplegaba a su alrededor alegría de vivir. Lo perdonaba todo, salvo el aburrimiento de seguir una conducta trazada por unos principios».

Fritz, el padre de Helen, es alto y fornido, la frente alta, un tanto rechoncho, los ojos claros y el bigote tieso. Esta apariencia de coloso oculta un carácter tierno y débil. «Siempre evitaba todo lo que le parecía desagradable o trágico», escribirá de él Franz Hessel. Fritz siempre se sentirá desclasado y excluido por su augusta familia por haber elegido la banca como profesión.

En lugar de ocuparse de sus negocios, Fritz prefiere pintar y tocar el piano, dos actividades que mantendrá toda su vida. Pinta paisajes y otros temas asombrosos: «Con los restos de pigmento nos pintaba cuadros de temas totalmente absurdos», escribe su nieto Ulrich, el hijo mayor de Helen, «como fantasmas blancos sorprendiendo a ancianas damas que siguen un camino muy negro junto a un prado muy verde iluminado por un sol poniente muy rojo». Efervescencia pictórica poco acorde con la seriedad que se le supone a un empleado de banca berlinés.

«Era un hombre maravilloso, muy cálido, que se reía mucho, le gustaba tocar música y se divertía con los niños», recuerda su otro nieto Stéphane.

Los padres de Helen se conocieron junto a un piano, como cuenta Franz Hessel en *El último viaje*, en Berlín. Julie-Anna estaba visitando a los Grund, por recomendación de uno de sus parientes de Zúrich. Es dulce y tímida. Deja caer su pañuelo y exclama con delicadeza: «¡Oh, mi *fazzoletto!*!». Fritz queda seducido. Una semana más tarde Julie-Anna vuelve y, empapada por un chaparrón, le prestan, mientras se secan sus zapatos, unas pantuflas de Fritz, quien contempla conmovido sus dos piecitos en las enormes pantuflas. Ella canta y él la acompaña al piano. Se gustaron.

La joven Julie-Anna Butte también procede de una gran familia berlinesa influyente, burguesa y acomodada, aunque en una forma más disidente: el patriarca Butte tuvo que exilarse a Zúrich varios años tras el fracaso de la revolución alemana de 1848. Julie-Anna, criada en Suiza, es francófona y su alemán siempre tendrá un ligero acento. En Berlín se aloja con su tío, presidente del tribunal de apelación. Otra rama de su familia, los Strohmenger, reside en Inglaterra desde hace dos generaciones. Julie-Anna viene, pues, de una familia muy abierta a otros países europeos, que conoce otros horizontes y habla varios idiomas.

Los padres se amaban, dice Helen varias veces, aunque de forma muy imprecisa. Escribe sólo: «el amor de los padres». El cuadro parece adecuado, armonioso, luminoso, musical,

respetable y feliz. Stéphane Hessel lo confirma: «Helen siempre decía que sus hermanos la habían mimado mucho. Era la hermana pequeña que siempre ganaba en los juegos, era muy voluntariosa. Tiene un recuerdo maravilloso de su infancia. Se divertían mucho, el padre era muy afable y ella era la favorita».

Lenchen gewinnt!

En los barrios burgueses de Berlín, aunque las gruesas paredes las pudieran ocultar, existían las sombras como en todas partes. Los padres se amaban, repite Helen. Y sin embargo...

«Sabíamos que no era muy de fiar», precisa Stéphane hablando del padre, «sabíamos que como banquero no era muy competente. Sabíamos que estaba rodeado de personas que lo amaban mucho, que lo ayudaban, pero a quienes él necesitaba para alejarse de la bancarrota».

El padre no está muy dotado para los negocios. Además es un marido poco fiel, como le reprochará más adelante su hija mayor. «¡Y si nosotros, tus hijos, tenemos la sangre caliente, te lo debemos a ti!», le hace decir Franz en *El último viaje*. Es un tenorio infatigable, que ya en el viaje de bodas, en el barco de vuelta de una excursión, hizo que su joven esposa enfermara de celos a causa de las miradas tiernas que dirigía a una de sus conquistas, pasajera en el mismo barco.

Incluso ya muy mayor Franz lo describe como rodeado de una miríada de amigas, a un tiempo protectoras y cómplices, desplegando a su alrededor su belleza y su juventud. Es muy sensible a sus gestos, perfumes, joyas, risas, a todo lo que hace que los voluptuosos persigan la voluptuosidad.

El padre y la madre se amaban, repite Helen obstinada.

Criaban a sus hijos de acuerdo con los principios rigurosos de la época. Helen frecuenta una escuela de Charlottenburg, donde van todas las hijas de la burguesía berlinesa. Son protestantes, creen en un Dios al que los niños dirigen sus oraciones nocturnas con piedad.

Helen recuerda a la vieja criada que les prohibía señalar las estrellas con el dedo, porque Dios se podía ofender.

De niña jugaba a creer que estaba escondida cerca de Él «bajo su manto, cerca de su gran corazón, porque amaba mi presencia», escribe Helen en su diario. Una hermosa frase, que encontramos de forma simétrica, casi palabra por palabra, en *Romance en París*, libro que su marido, Franz, escribe unos meses antes y donde dice, tras pasar delante de la iglesia de Notre-Dame-de-Lorette: «Tenía deseos de refugiarme como un niño bajo el manto de la Madre de Dios». Quizá Helen reutilizó la hermosa imagen de Franz... ¿O quizá Franz se inspiró en una frase de su mujer? Nunca lo sabremos, tan compleja era la trama que unía a los dos cónyuges escritores.

¿Había una piedad real en la familia Grund? Desde luego se respetan las formas, los niños rezan sus oraciones, pero Dios está ahí, como los árboles, las nubes, los cielos tornasolados. Durante toda su vida, más que marcada por un protestantismo clásico, Helen parece inmersa en un paganismo jubiloso. En su infancia creía con ingenuidad en el Buen Dios, con una fe reforzada por la conciencia aguda de su propia debilidad, ella, tan pequeña ante las reglas y el poder de los adultos.

De cara al exterior es una familia rígida, rigorista incluso, pero Helen se desmarca: «Siempre pensé que la justicia es una forma de dar trabajo a los empleados, a los pobres policías, a los jueces, y que los delincuentes son los que trabajan en realidad en lo esencial de la vida. Que ellos son la ley y los demás son su otra cara». Sin embargo, en la familia reina un orden prusiano, una limpieza meticulosa, que Helen incorporará para siempre, al hilo de las oscilaciones de su vida, tan alocada en unos periodos como formal en otros: «Me encanta lo que llamo *Zucht und Sitte* [«disciplina y tradición»]. Lo necesito con tanta frecuencia como la libertad absoluta» (J 326).

Como su padre, el fantasioso y alocado mujeriego, conservará toda su vida una compostura y una apariencia impecables, tal y como Ulrich lo recuerda, ya anciano, asistiendo a las reuniones familiares: «Su aspecto y sus buenos modos me parecían superados, pasados de moda. Era el representante obstinado de una generación extinta».

Los cinco hijos fueron educados entre estos desórdenes íntimos y este orden exterior. Unos sesenta años más tarde Helen contará a su nieta Anne que sus padres habían ido a una boda y que a su vuelta le habían enseñado una fotografía de los recién casados, magníficos, felices, sonrientes. «¡Qué hermosos están! Seguramente tendrán hijos muy guapos», exclamó la impetuosa Helen, que no había cumplido 10 años. Recibió una bofetada inmediata y severa. Bajo los techos altos de aquel hogar berlinés, los niños ni siquiera podían aludir de refilón a cuestiones carnales.

«El amor de los padres», repite Helen sin acabar su frase.

Sin embargo las aventuras de Fritz corroían a Julie-Anna. En su *Diario* Helen describió una escena de teatro improvisado representada por ella y por Roché, donde ella es un niño y él el padre. El niño habla de un padre llamado «Chahut» [«alboroto»], pues su participación en los juegos es impulsiva, lo que hace pensar en el abuelo Grund. El «hijo» le reprocha al «padre» su abandono, dejando siempre atrás a una madre exangüe. ¿Esta mujer abandonada, blanca como un fantasma, no será la madre de Helen? En todo caso Julie-Anna cada vez llevaba peor las aventuras de su marido.

¿Era la única causa de su poca salud mental? La familia arrastraba una herencia de trastornos psíquicos muy marcada. Helen cuenta que el abuelo de Julie-Anna no era un modelo de equilibrio. Describe la fotografía en la que posa «sonriente, sanguíneo, vividor», y añade que quizá él haya introducido en su familia «esa inclinación a volverse loco».

Con el paso de los años la joven esposa cantante se volvió cada vez más desequilibrada. Julie-Anna tenía con frecuencia «crisis de neurastenia» durante las cuales se quedaba inmóvil, perdida en un mundo en el que ya nada la podía afectar.

Pero estaba el amor de los padres, repite obstinada Helen, sin dar más precisiones.

¿Amor entre ellos? ¿Amor a los hijos? ¿El amor que hubieran debido tener?

Porque los hijos están ahí, los cinco, testigos del naufragio de su madre.

INFANCIA

Helen, que habla bastante poco de su infancia, desgrana aquí y allá algunos recuerdos. Es una familia amante de la belleza. La fealdad ofende, hiere, molesta, repugna. Se describe a los 3 años, sentada en las rodillas de un señor, contemplando consternada una parte de su mejilla con algunos defectos. Se siente obligada a darle un beso, para que no pueda darse cuenta de que tiene asco.

Esta escena debe situarse en la misma época que un recuerdo sobre su hermano mayor: Otto, que tiene 10 años, llega un día con un chichón en la frente. Su madre lo sienta a la mesa a contraluz, para no enfadar al padre, que «detestaba la fealdad».

Escena extraña que muestra unos padres poco compasivos. La madre esconde y el padre podría enfadarse por la frente deformada. ¿Y quién se ocupó de consolar y de curar al niño herido?

Helen relata otra escena. Tiene 6 años y un amigo de su padre, un francés, la mira y declara: «Será valiente». Ella se quedó con esa palabra: valiente.

¿Una constatación? ¿Una proyección? ¿Una orden? ¿Cómo entendió la pequeña Helen esas palabras «*será valiente*»? ¿Palabras para el padre, promesa al padre, imposición? En todo caso se apropió de estas palabras y es verdad que se mostró valerosa toda su vida, pues vivió momentos muy difíciles y se los hizo vivir a otros. Toda su vida levantará contra viento y marea el estandarte de este coraje, e incluso en momentos de crisis enviará cartas luminosas, un poco mentirosas, bastante engañosas pero siempre «valientes» a su anciano padre arruinado, enfermo, tan feliz de recibir cartas de su lejana hija adorada.

En su infancia también estaba el otro hermano, Fritz, sólo dos años mayor que Helen, que fue durante mucho tiempo su compañero de juegos. Helen no lo suele mencionar. Sin embargo en el *Diario* encontramos algunos pasajes sobre él. Una escena de pesca, en la que están los dos hurgando en el lodo con unos palos. Escena de infancia, de complicidad, de intensidad de la búsqueda, que imaginamos con toda probabilidad en verano, los dos niños descalzos en el barro, en un

momento de la vida en que no hay nada más importante que pescar quisquillas.

Fritz es bastante raro. «Mi hermanito», como lo llama con ternura, «el que siempre se desnudaba», dice también (J 54). Luego añade: «El primero que me tocó amorosamente». ¿Realidad o fantasía? ¿Simple juego de niños, exagerado para provocar a Roché? Porque Roché, en sus cuadernos, también alude a unas relaciones bastante turbias entre Fritz y Helen: «Me encuentras parecido a tu hermano, al que acariciaste de pequeña de forma tan íntima como a mí» (*Cuadernos*, pág. 446). Roché también cuenta: «Estuvo tonteando con uno de sus hermanos» (24 de agosto de 1929).

No sabemos nada más. Quizá sean sólo juegos de niños, a los que Helen y Roché, sobre todo Roché, muy aficionado a las transgresiones de todo tipo, tratan de dar *a posteriori* más importancia de la que tuvieron en realidad, pues Helen no volverá a aludir a estos juegos con Fritz. Todo lo contrario, más tarde dirá estas palabras de amor a Roché: «Si fuera tu hermana, infringiría la ley y te amaría» (J 69), prueba de que era bien consciente del tabú.

En cambio practica otro juego con sus hermanos, juego cruel habitual en los chicos, pero poco corriente entre las niñas: disparar a los gorriones. ¿Con una carabina? ¿Con una honda? No hace más precisiones, pero parece que disfrutaba mucho con ello.

¡No se contentaba con matar gorriones! «Franz me ha contado orgulloso que cuando Helen era pequeña provocó la muerte de un hipopótamo tirándole tras los barrotes de la jaula una pelota de caucho, que se tragó», escribe Roché en 1920 (cuadernos, inédito). ¿Un invento de Helen? ¿El placer de presentar a su mujer como una asesina inocente y precoz?

¡Si la historia es cierta, es probable que la pequeña Helen no estuviera muy orgullosa de ello!

Un recuerdo más de aquellos años de infancia, y un recuerdo triste de sus últimos cuadernos: «Estas crisis de desolación que me hacían buscar, no el regazo de mi madre o los brazos de mi padre, sino un rincón oscuro, lejos del alcance

de todos, para sollozar durante mucho tiempo, voluptuosamente entregada».

La evocación de estos instantes sombríos no es frecuente. Helen prefería recordar a sus hermanos en pandilla, los cinco juntos, desplegando una energía asombrosa. Una vitalidad que también pudo ser fuente de tormento para Julie-Anna. Al menos así es como lo vivió Helen. «Eran una pandilla de gamberros, muy unidos, siempre juntos, ruidosos, haciendo locuras, subiendo y bajando por las escaleras, que disfrutaban asustando a su pobre madre haciendo como que saltaban por la ventana o con todo tipo de tonterías de este estilo», dice Stéphane, transmitiendo los recuerdos de su madre. Este tumulto, este estruendo, este espectáculo cotidiano, es lo que Helen definirá más adelante como el ambiente Grund: juegos exuberantes, ruido, risas, llamar la atención, ambiente que le gustará recuperar más adelante con sus hermanas y sobrinos.

Helen abusará toda su vida de este tipo de provocaciones. La escena del salto por la ventana se repetirá varias veces en su vida amorosa, así como el deseo de ser vista, reconocida, de llamar la atención. Lo escribe ella misma en 1920: «Desde mi infancia, siempre que pasaba algo, me daba vergüenza estar entre el centenar de espectadores, en lugar de ser el que observa» (J 51). Michel Hessel, psicoanalista y nieto de Helen, confirma que siempre asumió su narcisismo.

Lenchen gewinnt! [«¡La pequeña Helen ha ganado!»]

Esta frase será un *leitmotiv* entre los Hessel. Helen aludirá a ella con frecuencia. Sin embargo, ella misma con sus hijos combatirá denodadamente esta forma de ser y siempre tratará de evitarles las contrariedades del fracaso o las frustraciones. Una escena de sus cuadernos muestra cómo se enfrenta con fuerza a este principio de «ganar siempre» que le habían aplicado a ella y en qué términos condena esta actitud: está sobre las rodillas de su abuelo, ante un libro de imágenes colocado sobre la mesa. El abuelo comenta para ella la ilustración que tienen ante los ojos, en blanco y negro. Helen,

impaciente, se apodera de la esquina de la página para pasar a la imagen siguiente. El abuelo aparta con firmeza la pequeña mano. Helen vuelve a hacerlo e, imperturbable, el abuelo la aparta de nuevo, prosiguiendo sus explicaciones. «Era la primera vez de mi vida que un adulto me imponía su voluntad de forma irrefutable», escribe, para proseguir: «Lo miraba, deliciosamente perturbada. Al encontrar resistencia, mi mundo se había hecho más grande».

Esta lección fue un hecho aislado, no muy frecuente, pues Helen escribe: «Siempre me mimaron (...) lo necesito, me gusta, trabajo para conseguirlo, no soy más que un animalito si no me aman (...) a veces también me doy asco, pero ¿qué puedo hacer?» (J 150).

Lenchen gewinnt!

Asombro, admiración... Veremos que Helen no tardará en dominar el arte de llamar la atención, de provocar, de suscitar reacciones. Incluso tiene una expresión para ello: «romper el círculo». Hacer, decir, mostrar lo inesperado. Ser extraordinaria, brillar, liberarse de los convencionalismos.

Al mismo tiempo que buscaba este estado eufórico, alegre y ruidoso, toda su vida creyó que este ambiente de juventud exuberante con sus hermanos había acelerado la enfermedad de su madre.

Según Stéphane, «decía que eran unos niños espantosos, hacían pasar miedo a su madre y con seguridad contribuyeron a su estado de angustia».

Quizá fuera todo lo contrario... ¿No serían tan ruidosos y provocadores, tan infernales, para provocar una reacción en su madre enferma, desinteresada? Porque «la madre sufre melancolía, no puede hacer nada», escribe Franz Hessel. «Estaba atónita, incapaz de reaccionar, de moverse», prosigue.

Helen cuenta que cuando era niña siempre subía como un tornado los cuatro tramos de escalera que llevaban a la vivienda familiar. Luego se detenía con brusquedad unos escalones antes de llegar. ¿Qué era eso tan terrorífico que espe-

raba detrás de la puerta, a no ser la madre inmovilizada en la enfermedad? Quizá lo que describe en el brusco frenazo al llegar a casa es precisamente este miedo.

Su madre era para Helen un tema muy doloroso, pues casi nunca habla de ella. Sólo alude de forma directa a Julie-Anna una vez, una sola, en la que cuenta una escena de infancia, en un momento en que ella está enamorada y decepcionada por Roché, pues no cree que ponga suficiente empeño en verla. Roché le escribe una carta que pretende ser de amor, pero que Helen considera muy tibia. Está «casi» enfermo sin ella y «si hubiera un tren» esta noche para ir a verla, no lo dudaría. Poco apasionado... Helen no siente que la amen como quisiera. Y ahí se intercala el recuerdo del día, cuando tenía 8 años, en que contempla con su madre un girasol con el tallo tronchado. «Me habían explicado que giraba con el sol durante todo el día: como si no pudiera apartar la mirada de lo que ama».

—Helen, aterrorizada: «¿Y ahora? ¿Ya no puede girar?» (J 103).

Es la única evocación de una escena en la que estén las dos, la niña aterrorizada junto a su madre enferma, ante la Reina de las Flores con la cabeza tronchada, que ya no puede dirigir la mirada hacia los que ama.

Este recuerdo del girasol adquiere toda su fuerza cuando sabemos que llegó un día en que ni Helen ni sus hermanos lograron, a pesar de su exuberancia, atraer la mirada de su madre. Julie-Anna acabó por hundirse. Como compensación, toda su vida, de manera enfermiza, Helen deseará llamar la atención, ser amada, ser el centro de las miradas.

Lenchen gewinnt!

No tanto. No en todos los terrenos. En realidad perdió a su madre muy pronto, pues Julie-Anna fue a parar a una «casa de salud», como se decía púdicamente entonces, internada cuando Helen sólo tenía 12 o 13 años. Volverá varias veces de visita, ya que la vemos en familia en una foto de 1905,

con la mirada perdida a lo lejos, y después desaparecerá de forma definitiva. Vivirá diez años más encerrada en un manicomio de Suiza, donde morirá en 1915.

Unos años antes de su marcha definitiva, el padre tuvo una relación con una de las criadas, Agnès, de la que nació una niña. No era una cosa rara en aquella época, pero sí lo era que Agnès y su hija se quedaran en la casa. Todo el mundo estaba al corriente, pero nadie habló abiertamente de ello. Stéphane Hessel recuerda a la perfección a esta joven, Frida, hija de Agnès, a la que veía a menudo treinta años después en casa de su abuelo. Él mismo sabía a la perfección quién era, aunque confirma que tantos años después siempre se hablaba de ello de forma evasiva.

Esta infidelidad definitiva y muy evidente precipitó con toda probabilidad el internamiento de la madre.

Con la madre internada, el padre se quedó a cargo de toda la familia, pero no tenía madera de organizador. Ilse, la hija mayor, de apenas 20 años, se hará cargo (bastante mal) de la dirección de la casa Grund, pues el padre iba dejando en sus manos, con alivio evidente, cada vez más iniciativas. Ilse se casará poco tiempo después, pero seguirá velando sobre la casa paterna.

Aunque las relaciones entre Helen e Ilse eran buenas, siempre estarán muy jerarquizadas. Ilse es la mayor, la que abre camino, la que muestra la vía del amor, de los hijos, pero entre ellas no habrá ninguna complicidad. Ilse será durante mucho tiempo la autoridad en la familia Grund. A ella deberá someterse su padre, renunciando a casarse con Agnès, la criada a la que dejó embarazada, cosa que tuvo la intención de hacer tras la muerte de la madre. También se hará cargo del padre durante un tiempo tras una bancarrota cuya envergadura tratará de ocultar. Ilse se las arreglará para garantizarle unos ingresos mínimos, ayudándole a arrendar una parte del piso y alojándose en lo que en otros tiempos más prósperos fueron las habitaciones reservadas al servicio.

Ilse también dirigió durante unos años un hogar infantil en el que acogió a menudo, al parecer de muy buen grado,

a los dos hijos de Helen, por periodos más o menos largos, dejando así, protectora y cómplice, las manos libres a su hermana pequeña para que viviera sus amores complicados.

En cambio, durante su adolescencia, Helen sólo se relaciona con Bobann, la más cercana por la edad, con la que comparte habitación y secretos. La que recibe las confidencias, con la que Helen se evade diez veces al día de la realidad demasiado dura mediante inventos, risas, puestas en escena.

Las hermanas se llevan sólo dos años. En su adolescencia las dos niñas, demasiado pronto privadas de su madre, se construyen un mundo de sueños y teatro. Esta facultad de inventar perdurará durante tiempo entre ellas, ya que Stéphane recuerda muy bien el ambiente de disfraces, fiestas, juegos, obras de teatro que alimentaban su tía y su madre cuando estaban juntas. Una escena del *Diario* las muestra lanzándose a distintas improvisaciones: dos mujeres se ven por primera vez gracias a un anuncio por palabras, «busco amiga»; un hombre que nada de espaldas con seriedad y aplicación, ridiculizado por su pene que emerge del agua; Bobann disfrazada de hombre y Helen que simula pedir su mano. Hay muchos ejemplos: cuando están juntas se lanzan sin dudar a la fantasía, la improvisación y el juego.

Junto a ella Helen entra en la adolescencia. Con impudicia y candor, describe en el *Diario* una de sus fantasías de entonces: se imagina que hace desfilar a hombres desnudos y les ordena bailar, saltar, sin dejar de mirar su sexo que se mueve durante la danza. Luego les pide que se vayan tumbando uno tras otro sobre ella con todo su peso.

Este peso sobre el pecho, esta necesidad de encontrar un límite aparece otra vez durante sus relatos de la infancia: a los 14 años, una noche, al acostarse, dice a su hermana que le gustaría poder dormir colocando el pisapapeles del padre sobre su pecho, sentir su peso y levantarlo con cada inspiración. Su hermana se burló durante mucho tiempo de la seriedad con la que había formulado este deseo disparatado.

Helen creció así, sensual, inquieta, extravagante, asustada por su libertad. Lleva un diario íntimo. Va al colegio, pero no

hablará casi nunca de su escolaridad. Apenas si evoca una vez el recuerdo de una lección sobre los imanes, que la deja fascinada por el brazo magnético. Otra vez, retoma la letanía de la niña amada por todos, especificando que en la escuela, como en todas partes, la miman y la adoran.

Lenchen gewinnt! Una y otra vez

Nacen sus sobrinos. No habla de ellos. Estudia piano, pues Roché la describirá tocando sonatas de Beethoven, pero nunca menciona este aprendizaje. Sabemos que a Bobann y a ella les encantaba nadar en el Báltico. Roché relata que un día, cuando eran jóvenes, nadaron hasta unas rocas lejanas, pero tan lisas que, a pesar de sus intentos de subirse a descansar, tuvieron que dar media vuelta e iniciar el retorno sin poder hacerlo. Volvieron agotadas, con el pecho tan magullado por la vana escalada que su frágil madre se desmayó al verlas. A Helen le gusta nadar en el mar frío, le gusta el agua más que cualquier otra cosa. Esta región del Báltico representa en realidad para ella su tierra de origen, su país. ¿A qué vacaciones se refiere? ¿Quién las acompañaba? ¿Dónde se alojaban? No se sabe. Un manto de niebla parece pesar sobre sus últimos años de infancia. ¿Dónde están los hermanos? Durante su adolescencia parece como si no estuvieran. Una vez que la madre queda fuera de juego, las travesuras de los hermanos se interrumpen de golpe.

Otra fantasía, otra puesta en escena cierra estos años dolorosos y felices: tiene 16 años, se imagina tumbada en la cama, con la camisa abierta, bella, el pelo suelto, suicidada.

Durante toda su vida Helen habla con mucha familiaridad del suicidio. Según las circunstancias, puede ser una posibilidad, una tentación o una amenaza. Para ella el suicidio es una muerte natural. En su familia se moría de suicidio o de enfermedad. Es cierto que varios de sus parientes se suicidaron.

El destino de los cinco traviesos hermanos fue más bien siniestro. Otto acabó loco y encerrado, como la madre, en un manicomio donde murió joven.

Fritz se suicidó a los 20 años en Estados Unidos, donde se dedicaba, según la leyenda familiar, a actividades ilícitas de contrabando.

Ilse también puso fin a sus días, a los 52 años, tras pasar por muchas desgracias. Se había casado muy joven con un hombre rico mucho más viejo que ella, se quedó viuda muy pronto, se volvió a casar, dilapidó su fortuna, tuvo cuatro hijos, varios amantes, fue bastante desgraciada con cada uno de ellos y acabó poniendo fin a sus días de forma teatral.

En cuanto a Helen, a pesar de su vitalidad, también vivió un intento de suicidio.

Toda su vida Helen sentirá rondar la locura a su alrededor. La temía, aunque logró mantenerla a distancia. Nunca olvidará su herencia. Describe en el *Diario* una escena en la que una pintora, que ignora probablemente su historia familiar, la mira y le pide retratarla «a causa de sus ojos demasiado separados, un signo claro de que algún día estará loca». Helen se queda destrozada. Tiene la impresión de haber sido condenada a la locura.

En cambio conservaba (y utilizó más de una vez) un certificado médico con sus antecedentes familiares psiquiátricos, documento que le permitió abortar varias veces.

Ella y Bobann siempre estuvieron muy unidas, hasta la marcha definitiva de Helen a Francia en 1925. Bobann imitó durante mucho tiempo la vida de su exuberante hermana menor. Se casó con el hermano de Franz después de haber sido su madrina de guerra. Aunque fue más bien un matrimonio de conveniencia, las dos hermanas estuvieron casadas con dos hermanos. Tuvieron muchas amigas y algunos enamorados en común, pero conservaron la distancia en la intimidad, ya que Helen vivió muy mal el acto exhibicionista que impuso Roché (Bobann debía dibujarles haciendo el amor).

Helen habla a menudo de su hermana con palabras muy duras, que no son incompatibles con una gran ternura, pues ella siempre trata con brusquedad a los que ama. En sus cuadernos cuenta que detestó que Bobann se casara con su cuñado, que compartiesen las mismas amigas, que vivieran con fre-

cuencia tan cerca. «Se haría una casita con lo que tiro a la basura», escribe (J 74).

Bobann, ferviente antroposofista, morirá durante la Segunda Guerra Mundial sin tener hijos.

El padre acabará arruinado y su fiel criada Agnès se suicidará con gas al enterarse de la bancarrota. La joven Frida se casó con un jardinero y siguió visitando a su padre amante pero inconfeso hasta la muerte de éste.

Helen sobrevivió durante más de treinta años a sus hermanos.

El último relato de Helen confirma una imagen bastante angustiada de la atmósfera de su infancia: sueña que están ante una gran casa inquietante, en la que el portón y algunas ventanas están selladas. En cambio otras ventanas tienen postigos que se pueden abrir hacia el exterior. Las cortinas que se ven son tristes y sucias. Pregunta si su hermano Otto está encerrado ahí. Una voz le contesta que es su casa natal. Helen se despierta aterrorizada por las ventanas tapiadas. La única esperanza está en los postigos, que se pueden abrir hacia el exterior. Al mismo tiempo está orgullosa de la casa tan imponente.

Así fue su infancia. En ella ya tenemos todas las constelaciones que siempre girarán alrededor de Helen. Ausencia de normas. Alegría, ruido, pintura, tragedia, querer ser amada, estar en el centro de todas las miradas. Fraternidad, locura, heridas, infidelidades, celos. Y la vida.

Y el amor de los padres.

CAPÍTULO 2

Juventud

*Amo mucho mi juventud.
Todo era tan bello
y tan ardiente como ahora.*

HELEN HESSEL, 1920

LONDRES

Hagamos empezar la juventud de Helen el año en que cumple los 16, cuando por primera vez y por un periodo de tiempo bastante largo, abandona la casa paterna. Esta casa de la infancia, de la que siempre conservó un recuerdo vívido, era «su casa», en ella ocupaba un lugar entre los suyos, pero su atmósfera densa era un peso y esperaba mucho del mundo exterior. Soñaba con un universo más ligero, con más fantasía, como revela una de sus «visiones», en la que habla de su preferencia por los encajes lujosos y ligeros. Entre los Grund siempre primaron los bordados escuetos sobre los encajes de fantasía...

Para este primer viaje se dirige a Inglaterra, a ver a unos primos de su familia materna, los Strohmenger. El viaje es largo, atraviesa Francia y, llena de asombro, ve París desde el coche que la lleva de una estación a otra. Primera imagen de esta ciudad que acabará siendo la suya. ¿Está sola? Es poco probable, pero no lo precisa.

Ella está en Londres. Es un alivio inmenso, porque en Berlín la atmósfera está muy cargada en los últimos tiempos, desde

que la familia se entera de la muerte de Fritz, el hermano más pequeño. «Fritz ha muerto en América —secreto, presentimiento y lágrimas— soy la más pequeña», anota de forma breve Helen en sus cuadernos, ella que nunca insiste en las penas más duras. Dado que era la más pequeña, la familia le ocultó esta muerte durante un tiempo. Por supuesto Helen era consciente de los efluvios fúnebres y le cuesta superar esta tristeza, dado que ignora su procedencia. En Londres, Helen revive. Todo es nuevo, lleno de belleza, se siente libre y relata una anécdota que la muestra como le gusta a ella, en el centro de las miradas:

«Helen, 16 años, Londres. En el metro. Un joven encantador me mira. Aparto la vista para que me pueda mirar a gusto. Quisiera mirarle yo, pero él ha empezado, él gana» (J 258).

Vemos cómo la joven Helen transforma el signo tradicional de pudor de las jóvenes, apartar la mirada, en un discreto estímulo para seguir.

En este viaje no se quedará en Londres. Los Strohmenger viajan en familia: Helen evocará una partida memorable de pesca de atún en Escocia. Se queda bastante tiempo con sus parientes lejanos, en todo caso, lo bastante como para enamorarse de uno de sus primos, Frank Strohmenger, jovencito alto y flaco. Sin duda hablan en inglés entre ellos, idioma que Helen había aprendido con su niñera. El inglés será mucho tiempo su idioma íntimo predilecto, como veremos en su *Diario* y en su correspondencia con Roché. Los dos jóvenes se gustan tanto que se quieren casar, pero ambas familias se niegan. Helen no insiste y vuelve a casa.

Más adelante sólo comentará este episodio de forma anecdótica, un amorío que no parece haberla marcado demasiado ni haberle abierto los ojos. Se cruzará varias veces con este primo y le calificará con frecuencia de «perro de raza», tomándole el pelo. Le parecerá muy aburrido cuando se enamore de Franz y se preguntará cómo había podido amarle a los 16 años. Más adelante volverán a tener relaciones más cordiales y se verán con interés siempre que tengan la ocasión. Seguirán escribiéndose hasta el final de sus días.

¿Estaba con ella su hermana Bobann? En todo caso Bobann conoce también a este Frank Strohmenger. Le encontrará más adelante un parecido con Roché.

Mucho después, en su madurez, Helen se sentirá retrospectivamente avergonzada de la forma que tenía de juzgar a los hombres en aquella época. Recuerda las muchachas despreciativas que eran su hermana y ella, criticando y menospreciando a «judíos y tenderos».

No olvidemos que la familia de Helen pertenecía a un ambiente berlinés en el que un cierto antisemitismo se consideraba de buen tono.

De cualquier modo sale virgen de Berlín y vuelve virgen a Berlín, donde parece que se recupera bastante bien de este primer enamoramiento.

BERLÍN

Este episodio la hace crecer, florece y sabe que gusta. Es muy rubia, con el pelo largo recogido en un moño sobre la nuca, tiene unos ojos llamativos, muy azules, luminosos. La frente ancha, rasgos amplios, enérgicos y regulares. Hombros de nadadora. No le gustan sus piernas, que le parecen gordas. Despierta y deportista, da una gran impresión de fuerza. Una foto de familia la muestra a esta edad. Su vitalidad subyacente estalla a pesar de la inmovilidad de la pose. Gusta mucho. Se aprovecha de ello, pero en los primeros juegos de la seducción sigue conservando un corazón tierno e infantil, que se conmueve con facilidad:

«17 años, la primera vez que me piden en matrimonio. ¿Un simple *nein*? Imposible. Este hombre, querida, pobre, conmovedora criatura... Me invento con rapidez una fábula. Lo amo con pasión, pero se lo he prometido a otro, un deber triste para mi corazón, que le ama a él» (J 99).

Aunque no ama a este hombre, del que no nos dirá nada más, Helen está conmovida por su petición. Igual que cuando era pequeña se esforzaba para besar a un hombre muy feo

y olvidar su fealdad, se inventa una historia para no tener que decir la verdad, es decir, simplemente que no lo ama. De hecho, la idea misma de matrimonio le parece asombrosa. Lo dice con ingenuidad un día, en casa de su padre, después de la cena, provocando la hilaridad de los suyos, cuando pregunta una noche por qué los hombres aceptan casarse.

Persiste en este asombro, que durará años. Por ejemplo, en 1920 a los 34 años se asombra de que Koch, otro de sus enamorados, le pida que lo abandone todo para marcharse con él: «Correría el riesgo de llevarme con él, de cargar con este fardo para toda la vida» (J 99).

Para ella el matrimonio parece significar algo diferente de una asociación libre de dos individuos enamorados. Lo considera una relación pragmática y jerarquizada. Cuando una mujer se casa es porque se harán cargo de ella para siempre. A veces para Helen es una gran tentación. Su padre, banquero incompetente, no había logrado en realidad proteger a su familia de la adversidad. Es más, por sus especulaciones temerarias, el bienestar relativo que podía procurar siempre era precario. La hija mayor, Ilse, se había casado muy joven con un hombre rico y mucho mayor que ella, que la protegía de las preocupaciones económicas. Fue en parte un matrimonio de conveniencia. ¿Era feliz? No en todos los aspectos, pues reprochará más adelante este matrimonio a su padre, lanzándole con ese lenguaje franco habitual en la familia Grund: «¿Por qué me habéis entregado a un anciano cuando era tan joven?».

La imagen que tiene del matrimonio la joven Helen es en todo caso muy tradicional, para ella el destino de la mujer es pasar de la protección del padre a la del marido. Las ideas sobre la emancipación femenina todavía no estaban muy extendidas. No se plantea ni vivir sola ni permanecer soltera. Sin embargo, quizá a causa de los pretendientes que la decepcionan, quizá a causa del ejemplo de su hermana, esta perspectiva de matrimonio no parece motivarla mucho, así que la va dejando para después.

Y ya que rechaza las peticiones de mano, dado que renuncia de momento a ocupar una posición, decide estudiar

pintura. Su padre también pinta, por lo que esta decisión no tiene nada de sorprendente. En su familia lo aceptaron bastante bien, pues Bobann ya estudiaba dibujo.

Helen se inscribe en la Academia de Berlín, en el taller de Käthe Kollwitz, personalidad fuerte bien conocida en la actualidad. Sabemos que aprendió muy pronto a dibujar, de la mano de su padre, que se casó con un médico y que como él se dedicó de manera resuelta a los demás, los pobres, los necesitados. Pronto concibió su obra como un compromiso social y político. Ilustró con estampas y carteles la dura realidad de los obreros y los campesinos. Varios de estos carteles causaron escándalo y algunos fueron prohibidos. Käthe Kollwitz tuvo dos hijos, uno de los cuales murió en la Primera Guerra Mundial. Realizó para el cementerio de Vladslo, donde está enterrado, una escultura titulada *Los padres de luto*, que los representa a ella y a su marido llorando a su hijo. Desde ese momento encarnará para muchos la figura dolorosa de la madre de todos los jóvenes soldados muertos en el conflicto. Mucho más tarde los nazis se adueñarán de su obra, aunque ella nunca se sumó a sus tesis ni transigió con este régimen. Por sus posturas antihitlerianas fue despedida de la Academia de Berlín. En la actualidad su resistencia al nazismo está demostrada de sobra, aunque todavía hay quien la pone en duda.

A principios de siglo su escuela de pintura era uno de los pocos lugares de Berlín que ofrecía formación artística a las mujeres. Una de las primas hermanas de Helen, Frieda Nitschmann, había estudiado en esta misma escuela unos años antes.

Helen, aunque frecuentó durante mucho tiempo su estudio, nunca habla de Käthe Kollwitz. ¿La tomó por modelo, ella que tuvo pocas mujeres en su entorno con las que identificarse? No dice nada de ella, pero fue también una madre muy entera, vivió los tormentos de sus hijos, herida cuando ellos lo fueron, valerosa y dolorosa.

En sus comienzos en la Academia Helen no destaca demasiado. Anota en su diario de la época que todo lo que se

vuelve profesional se hace vulgar. No le gusta que digan que es pintora. Le gusta pintar, pero le molesta la institución alrededor del acto de pintar. Más adelante escribirá: «Los marcos: por su culpa odio la pintura».

Helen encuentra en la academia a grandes amigas que seguirán siéndolo gran parte de su vida. Fanny Remak, Augusta von Zitzewitz (a la que llama Gussi), Sauermann, sólo conocida por su apellido, serán sus grandes cómplices. Las tres son pintoras. También está Renée Sintenis, que hace esculturas de animales. Estas cuatro mujeres serán para Helen sus comparsas, sus semejantes, seguirá su vida, sus matrimonios, sus maridos, serán las madrinas de sus hijos, las visitará con regularidad en sus estudios, siempre serán cómplices.

Esta confianza era muy patente en el *Diario* cuando relata, años más tarde, un paseo por las calles de Berlín con Augusta. De repente, ésta se detiene y le dice a Helen que mire a Erich, su marido, que hace muecas colocándose el sombrero ante un escaparate. Se ríen juntas mirándolo. Una complicidad que pasa por encima de los cónyuges: hay connivencia entre ellas y también contra él.

Pero todavía no hemos llegado a este punto. Helen, a los 17 años, necesita a su amiga Gussi para comprender cosas más prosaicas: cómo funciona el mecanismo de erección del miembro viril, por ejemplo. Hasta entonces se imaginaba que se levantaba a voluntad. La explicación le aclara muchas bromas que hasta entonces no entendía. Esta posibilidad de un gatillazo la enternece. Le parece tierno que los hombres necesiten que les infundan confianza.

Helen se asombra, parece tener lástima de estos pobres hombres de vigor inseguro e involuntario. Otras veces se ríe, con bastante maldad, de esta característica masculina. Se convierte en un juego, sola o con amigas, despertar el sexo de los hombres con un comportamiento provocador. Es un reto que se propone a veces, con frialdad, sin deseo. Para probar su poder. Junto con su amiga Sauermann frecuenta bailes de mala fama, donde juegan a ver quién es la primera en «conmover» a un hombre.

Menos vulnerable a las penas que a los 17 años, pronto jugará de la misma forma con el amor que pueda despertar. Helen lo llama «plantar la semilla», le gusta ver en los hombres de su entorno las manifestaciones ofuscadas de los que caen víctimas de su encanto. Provoca este tipo de situaciones. Le gusta gustar. Cuando le dicen que gusta porque es bella, replica que precisamente porque no es bella le gusta que se enamoren de ella. Le gusta mucho más suscitar la admiración y el deseo por su comportamiento y su conversación que por su mera belleza, de la que nunca estuvo convencida.

La Academia se convertirá en el centro de su vida a partir de 1905, en Blankensee, a orillas de un lago cerca de Berlín, durante la Academia de verano. Durante uno de estos cursos Helen tiene su primer amante, George Mosson. Es su profesor de pintura. Es inglés. Tiene treinta años más que ella. Pinta flores. Es su primer gran amor.

La gran diferencia de edad hace que nunca, ni uno ni otra, se hayan planteado esta relación como algo más que una etapa, decisiva para ella, que la ayudó a reforzar la idea que se hacía de ella misma. Aquel amor, porque no tiene futuro, porque es un amor secreto, al menos durante un tiempo, para su familia, parece de forma paradójica haber colmado a Helen. No hay compromiso. No hay alienación. Viven día a día. Años más tarde, siempre habló de él con respeto y emoción, le gusta citar unas palabras de Mosson, que la harán más fuerte: Mosson la encuentra más que bella. Turbadora y peligrosa. Incluso le garantiza que la seguirá amando aunque se vuelva «loca y gesticulante».

Helen, hija de loca, es muy sensible a estas palabras. Se siente cómoda con él. Es su profesor, le da seguridad, tiene la edad de su padre, la mima, la adora y la apacigua. «Hombre inolvidable que amplía y colma mi necesidad de amor», escribe.

En Blankensee el clima es de euforia sensual y Helen vive experiencias variadas: no sólo ama a Mosson, sino que comparte alojamiento con su amiga Fanny y le dedica algunas caricias. «Quedó feliz una y otra vez».

Algunas feministas alemanas aprovecharon este pasaje para catalogar a Helen como lesbiana. Si bien no cabe duda de que Helen no evitaba las nuevas experiencias y no tenía ningún tabú sexual, es evidente que estas caricias, o bien otras que llegarán con otras amigas, no son suficientes para definirla como tal. Toda su vida vivirá grandes amores con hombres y también relaciones intensas con mujeres. Al parecer, con las mujeres busca más una atmósfera de «hermandad» formada por la complicidad, la connivencia, con algunas experiencias físicas que no parecen importarle demasiado. Porque sólo los hombres serán capaces de ponerla fuera de sí, en la euforia del amor.

De hecho, diez años más tarde, cuando Fanny le confiesa que estas caricias serán su única experiencia de placer, el único que haya experimentado, Helen se queda horrorizada de que haya podido contentarse con tan poco. Desprecia a su amiga que ha renunciado a los enamorados para no comprometerse, para poderse casar virgen. Luego, al parecer cuando llegó un momento en que la virginidad de Fanny dejó de tener importancia, la sustituyó por el miedo a tener un hijo. Helen concluye: «Mis sufrimientos son mis pecados», lo que parece querer decir que aceptó el amor con los inconvenientes del amor de los hombres: la mala reputación, los hijos y los posibles abortos.

La vida sexual de Helen arranca así, de forma poco ortodoxa aunque asumida por completo. Hay que decir que desde la infancia tiene un buen maestro en su padre para saber que no se puede vivir esperando un único amor y, en el caso de que se presente, confiando en la fidelidad del Príncipe Encantador.

Se las arregla poco tiempo después para dar a entender a su padre cómo son las cosas. Una mañana entra en su cuarto cuando se está afeitando y le lanza una mirada desde el espejo: «Tienes la misma cara absurda que ponen todos los hombres al afeitarse». Su padre se vuelve y la mira horrorizado.

Una bonita manera, púdica y alusiva, de confesar como si nada a un padre libertino que ella también ha tomado el

camino del amor, que la niña ha dejado de serlo, que ella también tiene un amante.

Durante aquellos años Helen resplandece. Es feliz, libre e insolente. Se mueve en sociedad, asiste a tertulias. En 1910 tras una cena social habla con un filósofo, junto con otras elegantes berlinesas. El hombre se lanza a una larga tirada, culta, llena de palabras extranjeras y difíciles. Helen le pide que lo vuelva a decir, pero con palabras como «mesa, taza y tenedor». Años más tarde se seguirá riendo de su cara de estupefacción.

La relación entre Helen y Mosson durará casi siete años. Este hombre le viene bien, no se cansa de él. Pasa el tiempo. Helen ya tiene 26 años. Su hermana Ilse acaba de tener su cuarto hijo, una niña, después de tres chicos. Seguramente le dijo algo a su hermana pequeña, que deja pasar el tiempo sin sentar la cabeza. Helen acepta romper la quietud de su vida berlinesa, entre Mosson, la Academia, su padre, sus hermanas y su hermano. Ella acepta trasladarse a París para pintar, pero esta marcha es desgarradora para ella.

PARÍS

Llega a París en 1912. Junto con su amiga Fanny Remak sigue un curso en el estudio de Maurice Denis. Helen ha abandonado a su querido Mosson y le echa de menos: «Llegaba a París enamorada de mi profesor de pintura y triste de tener que dejarlo. Era mi amante y amigo y le adoraba aunque fuera viejo» (J 433).

No le gusta París. La ciudad le parece espantosa, hombres cuyas alusiones obscenas no comprende la siguen por la calle. Peor aún: «En la oficina de correos, entre la multitud, un hombre me pellizca. Me hubiera gustado llamar a todos mis primos y a mi hermano para darle una paliza». No, en realidad la joven alemana no se siente a gusto. Las calles son bellas, pero los hombres son demasiado descarados.

El *french cancan* no le divierte nada: «Gallinas viejas que se levantan la falda con fealdad para el Clo [ir al servicio]. Una

vergüenza». No le gusta nada de lo que ve. Echa de menos su casa, su habitación y el orden y la limpieza alemanas, y sobre todo a su *gentleman* inglés.

Ella y Fanny se alojan en una pensión de un barrio bueno, cerca del parque Monceau, llevada por una señora muy correcta, Mme Bret, una viuda que acoge, en un piso demasiado grande para ella, a jovencitas extranjeras de buena familia. También cuida como una madre de sus pensionistas. Helen no se siente a gusto. El salón está lleno de cacharritos sobre los estantes, vitrinas cargadas de piezas verdaderas y falsas, platos en las paredes, arañas, bordados, candelabros. El lugar le parece horrible. Hasta el clima le deprime. El aire de octubre le parece demasiado suave y le da jaqueca. Una noche acepta salir con un húngaro que vive en la misma pensión. Al volver, en el coche que la devuelve a casa, vive sus avances como una agresión.

Helen se refugia en el estudio, pinta con rabia, trabaja todo el día. Fanny y ella no se mezclan con los otros alumnos, hablan alemán entre ellas. «Me faltaba el amor, me faltaban mis amigos», observa.

Poco después se les une una tercera berlinesa de la Academia, Gussi, la que antes explicaba los misterios del sexo masculino. Entre las tres todo es más fácil, en especial con Gussi, que tiene un temperamento muy alegre.

Otro visitante de Berlín cambiará el curso de las cosas. Pronto llega Neumann, el director de la Galería del Grabado de Berlín. Conoce bien a las tres amigas y se las lleva al Dôme, una especie de enclave germánico en el barrio de Montparnasse. Todos los artistas y escritores alemanes, y en general de toda Europa Central, se reúnen allí cada día.

Tres hermosas jóvenes pintoras solteras desembarcan en este mundo tan masculino. ¡Una suerte para pintores y artistas! Causan sensación, cada una en su estilo: Fanny es morena y alta, Gussi es regordeta y vital. Helen es «una belleza germánica», como escribe Roché, que la conoce en esta época, muy rubia, bronceada, con ojos muy azules. Tienen un éxito inmediato. Sobre todo Gussi, muy exuberante, que se

lleva todos los sufragios masculinos. Se hace notar, canta, ríe muy fuerte. «Exageraba mi timidez», escribe entonces Helen, relegada a la sombra de su alegre amiga, situación poco habitual para ella, encantada de brillar y de estar en el centro de todo. El Dôme no le gusta demasiado. Le parece un lugar sórdido, lleno de personas negligentes y peligrosas.

Sólo un hombre cuenta con su aprobación, el pintor Pascin. Él se fija en ella, le pregunta por qué, en lugar de la pintura, no ha elegido ser bailarina o cantante. Ella se siente halagada. Pascin le habla, sonriente y ruborizado, y acaricia su hermoso cabello. Helen recupera algo de esperanza. Luego otro pintor, Rudolphe Levy, las ayuda a mudarse de la pensión Bret al hotel Odessa. El dueño del hotel no se siente muy feliz, teme el daño que pueda causar la pintura, pero acaba aceptando.

Un buen día un tal Franz entra por la puerta del Dôme. Franz Hessel es un joven alemán, poeta, judío y acomodado, que lleva diez años paseando de ciudad en ciudad. Primero Berlín, luego Múnich, donde se une a la bohemia de Schwabing. Ya ha publicado un libro de poesía y se define como escritor, decididamente melancólico, siempre algo marginado del mundo. Al parecer lleva cinco años en París, donde frecuenta a Henri-Pierre Roché, su gran amigo. Ambos son extremos opuestos, y también inseparables, uno alto y flaco, el otro bajito y regordete. Tienen muchos puntos en común: les gusta no hacer nada, pasear, charlar, fumar puros, ocuparse de sus madres respectivas, a las que ambos están muy unidos. Franz tiene 32 años, una silueta extraña, bajito y ya calvo, silencioso y sonriente. Se fija en Helen y le dice a Pascin que tiene los ojos de Goethe en lo mejor de la edad. Un día se lo dice a ella. A Helen le gusta. Este berlinés tímido y cultivado apacigua su nostalgia de exiliada.

Franz relata así su encuentro:

«En primer lugar sólo fue una apariencia: más transparente, al esfumarse ante la presencia más rotunda de Gussi. Había que descubrirla. No quería saber nada de este París que tanta curiosidad provocaba en los alemanes, muy seguros de

los placeres que les esperaban allí. Venía del mismo viejo Berlín en el que había pasado mi infancia. La veía de colegiala con trenzas, cruzando el puente que lleva al Tiergarten» (J 443).

Helen hablará mucho más tarde de sus primeras conversaciones. Un día Franz le dice, cuando sabe dónde ha crecido: «¿Así que era la del abrigo rojo con capucha, que daba la mano a su gordísima niñera?». Helen deja pasar un rato y responde: «¿Y usted era el chico que siempre iba solo, caminando con lentitud y mirándose los pies?».

No tienen ningún recuerdo en común, nunca se han cruzado de niños, como Franz le sugiere en broma a Helen, pero ella enseguida se apunta al juego. Entre ambos hay una connivencia de imaginación inmediata, poniendo en escena lo que perciben de forma intuitiva uno del otro.

Como ella, Hessel conoce muy bien el barrio del Tiergarten, al que llegó a los 8 años. Intercambia con Helen falsos recuerdos, como pelotas de ping pong. Ella, tan deprimida, tan miserable, tan sola y lejos de los suyos y de su ciudad, se sumerge con avidez en esta complicidad, en este juego de imaginación, como antes hacía con Bobann.

Conversación de una noche. ¿Tendrá una prolongación? Helen se pone enferma. Él le escribe una nota. Luego las tres amigas conocen a otros alemanes, Kauders y Thankmar von Münchhausen. Helen y este último tendrán una relación muchos años después. En aquella época Thankmar está locamente enamorado de Marie Laurencin, que le provoca pero no se rinde a él. Gussi encuentra a Franz excepcional. Helen, no. Cree que conoce a este estereotipo de «judío intelectual lleno de bondad, enamorado de las chicas rubias» (J 434).

Una noche las invita a su casa. Tras deambular durante años de un hotel a otro, vive desde hace poco en un pisito de la calle Schoelcher, encima del cementerio Montparnasse. En la habitación en la que trabaja hay una cama grande con cojines. Es una cama que ha diseñado con Roché. Han ido juntos al ebanista a elegir la madera y Roché ha diseñado el

mueble para su amigo. En las paredes, un dibujo de Pascin, unos grabados, estantes, libros. Una máquina de escribir en una mesita. Fuego en la chimenea. El lugar le gusta a Helen. Es un piso muy cálido. Franz la hace reír. Le parece que la comprende bien. Al volver al hotel, Helen dice a las otras dos riendo que no se imagina durmiendo en esta cama tan grande y rara.

Otra noche hay una escena desagradable en el Dôme: Tewes, un pintor alemán, borracho por completo se pelea con otro parroquiano. Su camisa queda manchada de sangre. Esta batalla de borrachos deprime a las tres. Augusta arrastra a sus amigas a casa de Franz de improviso para huir de toda esta vulgaridad. Tocan el timbre y nadie responde, pero escuchan un chasquido. «Está en la cama con una amiga», se burla Gussi. Helen se ríe de esta idea. «No tiene, es un hermano», piensa Helen (J 435). Su atracción por él no es de orden sexual, prefiere imaginarlo casto.

Pasa el tiempo, se vuelven a encontrar en el cuarto de Gussi. Cantan juntos aquel día, de pie en el vestíbulo, canciones antiguas y ambos quedan conmovidos. Franz cuenta que cantando con ella comprendió que estaba atrapado y no se podría marchar.

Helen: «Qué consuelo ver cómo mis palabras se formaban sobre otros labios».

Franz le escribe una notita, preguntándole si puede sumarse a sus próximas actividades. Con ojo de artista, ella observa divertida su escritura, que dibuja cedillas y otros pequeños signos no identificables a primera vista, jeroglíficos encantados. Le muestra la carta a Gussi riendo y dice que ya sabía que le gustaban las rubias. Acepta. Franz, que adivinaba el pánico de la belleza alemana, se había colocado en el momento adecuado, con exactitud allá donde ella necesitaba. Entre Helen y la ciudad. Franz hará mucho más que protegerla de este París que tanto teme: le ofrecerá esta ciudad en bandeja.

Ahora siempre está presente, sabe hacerse indispensable. Conoce bien Montparnasse, Montmartre, en sus rincones más

secretos. Toma bajo su ala a esta mujer difícil, la mima, empieza a seducirla mientras le abre las puertas de la ciudad.

Este paseante atento y meticuloso le enseña los tesoros que ha sabido recoger en los cinco años que lleva en París, eligiendo para cada lugar el momento más bello: por la noche, en la plaza de Saint-Julien-le-Pauvre, desde donde se ve Notre-Dame bañada por el crepúsculo, por la mañana para contemplar una estatua de la Virgen en Notre-Dame-de-Lorette. En la plaza de la Concordia, girando alrededor de la alegoría de la ciudad de Estrasburgo, ciudad recuperada por los alemanes tras la guerra de 1870. Otras alegorías femeninas de ciudades sostienen la misma fuente, pero la estatua de Estrasburgo lleva en la frente, grabadas en la corona, estas palabras «Quand même» [«a pesar de todo»], que les asombran y divierten, pues les recuerdan también las canciones que aprendían de niños sobre la anexión de Alsacia.

En la plaza Denfert-Rochereau, alrededor de la estatua del lánguido y poderoso abandono del León de Belfort, hay una verbena. La pasea como una niña, le compra caramelos. Luego se divierten tirando al blanco sobre pipas de arcilla o pelotas de ping pong que bailan sobre un chorro de agua. La arrastra a bailes populares de reputación dudosa, o a bailes de disfraces, fiestas infantiles en las que baila encantada entre los otros niños asistentes. La descubre tal y como es cuando está bien, radiante, feliz, decidida. «Ésta tendrá voluntad por mí, es mi voluntad querida en la que he puesto mi complacencia», piensa.

En *Romance en París* Franz describe muy bien a la deslumbrante y asombrosa Helen que le ha seducido con su forma de ser totalmente original e inhabitual.

Por ejemplo, en un paseo por el campo, Helen ha cogido unas flores. Hessel se siente enternecido al ver esta ocupación juvenil. Luego pasan por un pueblo, delante de la ventana abierta de la habitación en la que un anciano está tumbado. «¡Ah, qué joven y hermosa es usted!», lanza a Helen desde la cama. Ella le sonrío, sin dejar de andar, deja las flores sobre el alféizar de la ventana, sin decir nada, «sin atenuar (...) el efecto de su gesto con amabilidades femeninas». Franz está ad-

mirado. Y más todavía cuando, ese mismo día, busca un trozo de musgo, despegar un pequeño almohadón verde y se lo regala, como un mundo en miniatura, pululante de insectos y de vegetales vivos.

Otra vez, en una iglesia, asisten con otros amigos a una procesión de novicias con velo blanco. Helen se escapa del grupo, se mezcla con las monjas, que la acogen sin reticencia y sin sorpresa, rodeándola sin dejar de cantar.

Durante una escapada al bosque de Bolonia, mientras los otros se divierten, Helen está apartada, tumbada sobre la hierba, como dormida, su cuerpo marca apenas el relieve de la pendiente de una «bendita colina verdeante», dice Hessel, conmovido una vez más.

En otro paseo por las afueras, ante los escalones que conducen a una austera casa que parece cerrada desde hace siglos, Helen trepa por las escaleras llenas de musgo, llama a la puerta, entabla una conversación con la anciana que le abre, «que parecía haber salido de un cuento».

Para seducirla Franz la deslumbra con la belleza, a la que ella siempre fue sensible, y le ofrece aquello que más parece necesitar: amable atención, connivencia. Aprovecha su desamparo de recién llegada para avanzar un poco más, para mostrarse bajo otra luz: seguro de sí, protector, sólido, reconfortante. Paternal también, explicando el mundo, dándole una coherencia, permitiéndole evolucionar, entrar en él, hacer locuras, ya que Franz está junto a ella. Siempre están juntos, le muestra todos los rincones que conoce, los barrios que le gustan. Ella actúa, sobreactúa casi, haciéndose la alegre, la inocente feliz, como una niña. Ríen, se hacen los locos, sobre todo porque este señor tan encantador, tan culto y tan inteligente la protege y ama su exuberancia.

Funciona: a Helen le gusta cada vez más este ser lunar que comprende sus sufrimientos. Le lee novelas melancólicas que la dejan «preñada de amor».

Gracias a él Helen va mejor. Kisling quiere hacer su retrato, le regala algunas acuarelas delicadas. Maurice Denis quiere escribir un poema en honor de la «divina hija de los

bárbaros». Gussi la adora, a pesar de su desfachatez habitual, cuando le dice, por ejemplo, mirándola desnuda en el baño, con el pelo mojado, que es «feísima», pero quien la ame muchísimo la verá hermosa.

Marie Laurencin también está loca por ella. Quiere que pose para un cuadro, *Androcles y el león*, pues piensa que tiene mirada de domadora y un magnetismo que atrae a los animales. Prefiere bailar con Helen a bailar con Thankmar von Münchhausen, el joven alemán enamorado de ella, pero que Marie desdenna por ser demasiado joven, demasiado rubio, demasiado infantil.

En el pequeño grupo Helen ya ocupa su lugar preferido: en el centro. «Todos la veían como compañera de juegos, cada uno le ofrecía lo mejor que tenía», escribe Franz celoso. «No hacía nada para lograrlo, para ser el foco hacia el que converge la luz, como el divino Niño al que los tres Reyes Magos, arrodillados en la penumbra, tienden sus ofrendas», dice también. Ahora que tiene su corte, piensa que le olvidará, pero quien la atrae es Franz, es su preferido.

La pandilla del Dôme pasa a ver a las tres amigas por el hotel Odessa. Helen «pintaba de forma rápida y enérgica, como un boxeador», escribe Franz. «Pinta muy deprisa, casi como Van Dongen, con ardor y como si boxeara. Cuadros por todas partes, color por todas partes», recordará también Roché. En concreto lo que daba miedo al dueño del hotel.

¿Qué pintaba? Es un misterio.

Franz no intenta acostarse con ella demasiado pronto. «Cree que soy virgen», escribe Helen, antes de añadir, lo que es mucho más asombroso: «Yo misma lo creo, y tengo miedo de la desfloración». Sin duda Helen no le ha hablado a Franz de su relación con Mosson. Con Franz entra en regresión, se hace la niña pequeña. Franz la describe, en *Romance en París*, con apenas 19 años, cuando en realidad tiene 27. Que pueda creer que es virgen no es ninguna aberración, pero que ella acabe convenciéndose de ello, para pensar «al unísono» con él es mucho más sorprendente. ¿Está jugando? ¿Logra creér-

selo en realidad? Helen tendrá este tipo de patinazos varias veces en su vida. Se acabará creyendo lo que quiera creer.

«Largas veladas en el diván. (...) No exige nada, parece respirar la presencia y emborracharse con ella. A veces se duerme». Un bicho raro, un cortejante insólito. Poco sensual, poco activo, poco exigente. A Helen le viene bien, porque tiene mucha necesidad de un hermano, de un compañero del alma, más que de un amante.

Helen describe la forma de escuchar y la gran tolerancia de Franz con ella: «Fuera, en la calle, estoy alegre, me estimula. Es muy sencillo gustarle, sólo tengo que dejarme llevar a todo lo que me gusta hacer. Lo que no me permito hacer con otros se vuelve hermoso y significativo. Me hace sentir a gusto (...). Me siento más libre, más rica, más vital».

La sorprende su físico ingrato, pero también la conmueve. No le encuentra atractivo, le asombra su forma de arrastrar los pies. Sin embargo, Franz, al contrario de los demás, nunca piensa en el efecto que podría producir.

Con el paso del tiempo se hacen amantes y su connivencia crece, ampliándose a lo carnal.

Vuelve a ver a su primo inglés, su primer enamorado, que pasa unos días en París, pero se aburre con él. Lo acompaña con alivio a la estación y nada más dejarlo allí, pide un coche y se precipita a casa de Hessel que aquel día bostezando varias veces, con voz tranquila, le pide que se case con él.

Franz carga con numerosos fracasos sentimentales. Ya ha pedido matrimonio a varias mujeres y todas le han rechazado. Roché ha intentado que cambie sus métodos de aproximación, pero Franz persiste, replicando con razón que un solo «sí» entre muchos «noes» sería suficiente para casarse.

Helen no acepta de forma inmediata, pero la propuesta la seduce. Se siente enamorada y paradójicamente libre. Para ella es un «extranjero misterioso», pero al mismo tiempo confía en él. Además, es rico. Es la perspectiva de una vida fácil: criados, viajes...

Están unidos por un sentimiento extraño. Cada uno ve las ventajas que le supone el otro, con mucha tranquilidad,

casi con frialdad. No hay un gran impulso amoroso que los una. Ella tiene la vitalidad que a él le falta. Él muestra la tolerancia que ella necesita. Cerca de él, dirá más adelante con mucho ingenio, se abre como una flor japonesa en un vaso de agua. Además, y es importante para ella, piensa que es rico, que con él estará al abrigo de la necesidad. Ninguno de los dos parece loco de amor. Franz está dispuesto a conquistarla, como ya lo había hecho con muchas otras mujeres. Lo extraordinario es que Helen lo acepte.

Ella le agradece que quiera encargarse de ella, fiel a lo que piensa del matrimonio desde siempre: «Tienes mucho valor, no soy ni fiel, ni útil, y no tengo buen corazón». Ella exagera seguramente su promiscuidad, ya que hasta la fecha sólo se le conoce una relación, Mosson. Lo que pasa es que ella se considera infiel. Y se presenta como un peso muerto. Él le replica: «Si se aburre usted, siempre queda el divorcio. Yo la amo». Su amigo Roché le ha dado esta idea de divorcio, cuando le habla de sus proyectos, como si no creyera en esta unión. Franz retoma el argumento para Helen, pues piensa que puede convencerla, mostrándole que el matrimonio no es tan grave y no la comprometerá para toda la vida. Es una posición muy asombrosa para la época abordar así el divorcio, como una solución pragmática y desdramatizada en su totalidad.

Ella se lo sigue pensando. Este compromiso «a prueba» que Franz no parece tomarse muy a pecho le resulta cada vez más factible.

Helen no quiere un marido serio. No quiere un matrimonio de verdad. No quiere asumir las exigencias de la vida conyugal. Se siente tentada por este arreglo. Franz no le pide nada. La dejará hacer. Esta solución le permite casarse sin dejar de ser lo que es. Libre y atípica.

Franz se siente dispuesto a aceptar con ella todo lo que hasta entonces temía. Mujer, casa, hijos. «Porque con Puck [«el duende»] la realidad más desnuda seguiría siendo un juego exuberante e inasible». Ve en ella, tan vital y fantasiosa, la posibilidad precisamente de ser amante, marido, padre de familia, sin todo el peso que ello supone. En los jardines de

Luxemburgo, delante del tiovivo, se siente demasiado mayor para subirse a los caballos de madera y le gustaría tener hijos que lo hicieran. Esta perspectiva le llena de alegría. Con Helen siente que podrá cambiar. En cambio, ella ve en su unión una vía de escape a todos los cambios que le predicen para cuando siente la cabeza. Con Franz no será necesario que cambie nada. Puede seguir siendo lo que es, pues él le propone un acuerdo reversible.

Roché ya había compartido antes mujeres con Franz. De la misma forma que se elegían mutuamente los puros, iban juntos al burdel, donde se repetía la escena, aunque en este caso no se tratara de puros. Y no sólo en el burdel. Siguen compartiendo sus grandes historias de amor. Primero vino la condesa Franziska zu Reventlow, que pasó de Franz a Roché. Luego Marie Laurencin, que fue de Roché a Franz, para dejarlos a los dos por Apollinaire. Luego Luise Bücking, a la que daban el sobrenombre de Wiesel, la Comadreja, porque era suave y huidiza. Y muchas más. Los dos amigos parecen encantados con estos arreglos de *ménage à trois*, que Roché reproducirá unos años más tarde en Nueva York con otro compadre, Marcel Duchamp.

Por lo tanto es muy natural que Roché se acerque cuando ve que Hessel está enamorado de Helen, con la que ha coincidido algunas veces, pero que no le ha llamado la atención en especial. Anota que tiene una «sonrisa arcaica», la sonrisa de una estatua de Calcis, que los dos amigos vieron en Grecia el año anterior, en un viaje realizado con un tercero en discordia loco por la mitología, un arqueólogo erudito, Herbert Koch. Koch les había mostrado la estatua exhumada recientemente. Los tres habían dado vueltas alrededor y fantaseado con esta sonrisa.

La propia Helen caerá en la trampa de esta ficción estatuaria, ya se describirá en su *Diario* mirándose al espejo, con los ojos cubiertos por los párpados, dejando filtrar sólo una rayita de luz, para parecerse a la estatua.

En muchas fotos, y a lo largo de toda su vida, Helen aparecerá con esta curiosa mirada ausente, con los ojos casi

cerrados, sonriente. A los 35 años, a los 40, a los 50 también, sigue queriéndose parecer a la estatua, al mito que preludió su vida amorosa. Su marido Franz, su amante Roché, Koch, con el que tonteará más adelante, hablarán de la sonrisa de diosa que dibuja su boca en reposo.

Esta vez hay una novedad: Franz no quiere compartir. Para Helen, levanta una barrera ante su gran amigo: «Ésta, no», le dice.

Roché se siente, quizá precisamente porque está prohibida, muy impaciente por conocer a la mujer que tanto ha cautivado a su amigo. Helen es consciente de ello y escribe que sólo se interesa por ella porque es el amigo de Franz. Se acuerda de un día, en casa de Franz, donde Roché se había reído de una de sus salidas y de sus deseos juguetones de «plantarle un puñetazo en su boca abierta por la risa». Da vueltas a su alrededor, le hace preguntas, esperando quizá desanimarla. ¿Se va a casar con Franz? Helen le expresa sus dudas, le confiesa que su madre está loca, que teme por sus hijos, que le da miedo la palabra «siempre». «Todas las mujeres dicen lo mismo, pero a usted la creo», le contesta. Es una frase típica de Roché: relativizar las palabras de Helen como una mera excusa que utilizan todas las mujeres. Al mismo tiempo la convierte en su interlocutora, la mujer excepcional que le llega a convencer. En todo caso no intenta convencerla de que acepte casarse con su amigo. Eso también supondría el final de su vida de solteros, algo que no alegra en especial a Roché.

Un día, quizá para pedirle consejo, quizá para saber más cosas sobre Franz, quizá porque se siente atraída por él, Helen le pide una cita a Roché, los dos solos en un café. Ella llega tarde, él ya se ha ido. No se llegan a encontrar. Su historia tendrá que esperar.

Franz hace a Helen la propuesta siguiente, quizá como una forma de echarse atrás, asustado por la conformidad que ella casi ha alcanzado: le promete casarse con ella, pero no convertirla en su apéndice, «para que sea libre», le dice.

¿Qué significa esta propuesta en 1913? Ya no son unos niños, Helen tiene 27 años y Franz ha cumplido los 33. Qui-

zá ha sentido (o ha creído sentir) en Helen el temor de pertenecer plenamente a un hombre. Él también prefiere comprometerse sobre otras bases. «Estaremos casados, pero podremos seguir viviendo como antes». Quizá es lo que buscaba, tanto para él como para Helen.

De repente, entre estas idas y venidas, Helen tiene que viajar a Berlín por asuntos de familia. Habla con la pandilla del Dôme, con su amigo Pascin, que se asombra de la existencia de padres y hermanos, pues pensaba que Helen sólo existía para ella misma. Helen se siente halagada.

Solo en París, Franz comprende que la echa muchísimo de menos. Para pasar el tiempo, viaja a Londres. Se pasea, se imagina acompañado en secreto por aquella a la que da el sobrenombre de Puck. Está feliz. La idea de Helen casi le basta. Incluso tiene algunas dudas sobre el matrimonio que le ha propuesto.

Por su parte, en Berlín, Helen ha hablado a su familia de sus proyectos. ¿Cómo ha descrito a Franz? No lo sabemos, pero le escribe que uno de sus hermanos tiene una actitud hostil y desconfiada.

Los miembros de la familia Hessel tampoco están entusiasmados, pues se preguntan si Helen no querrá casarse por interés.

Paradójicamente estas dificultades empujan a Franz a precipitar las cosas. Se reúne con ella en Berlín, donde, un bello día de mayo le pide a Fritz Grund con solemnidad la mano de su hija Helen Katharina. El noviazgo dura cuatro semanas. Ambos visitan a sus familias respectivas.

Helen sufre: «Mi Hessel, ser solitario transformado en miembro de familia. ¡Y de qué familia! Tías y más tías, y él tan amable... ¿Cómo puede?».

Y añade: «Yo las detesto, y él también. Le decía a Bobann: “Imposible, mañana les digo que no”. Y mañana, cuando le hablaba a Franz de mis escrúpulos, su respuesta me tranquilizaba» (J 440).

¡Qué problema, las familias políticas! Es verdad que Franz ha vivido mucho tiempo sólo para su madre y no tiene en su

presencia ninguna autonomía de palabra y de acción. Cuando su madre está presente, dice y hace lo que cree que debe decir y hacer para gustarle. Cualquier otra novia se habría hartado.

Franz se niega a reconocerlo y no sufre. Para él el noviazgo sólo es una etapa convencional por la que hay que pasar. No sabrá hasta después lo difícil que fue aquella época para Helen. ¡Menos mal! Porque confiesa que si hubiera sido consciente de sus reticencias, se habría rendido.

En Berlín, durante su relación, Helen recibe una carta de un antiguo admirador que quiere volver a verla. Tiene que pasar por Berlín y se cita con ella en su hotel. Es precisamente la víspera de la boda. Ella le muestra la carta a Franz. «¡Qué bien escribe y qué alegre! Te tiene afecto», le dice. Y le dice que vaya a verle, digan lo que digan las familias. Helen, que no tenía especial interés, se sintió herida y le despreció por esta tolerancia que no había pedido. Era para demostrarle que era libre, dirá después para justificarse. Para no tener que prohibírselo, pues entonces ella no se lo hubiera perdonado, explicará también. Para las dos familias fue algo chocante. Helen se sintió herida. Más que un «eres libre», Helen no pudo dejar de interpretarlo como un «quítate de en medio» o un «no me importas demasiado», una falta de compromiso. En cualquier caso tanta mansedumbre no le gustó nada. Se sintió incluso ofendida y hubiera preferido que quisiera estar a su lado.

Todo estaba listo para la boda. Roché, el amigo fiel, ya había publicado un anuncio de la boda en el *Pariser Zeitung*, el periódico alemán de París. La boda se celebró en junio de 1913. Y también hubo un escándalo: en el banquete, Otto, el hermano mayor de Helen, se encargó de leer en voz alta los telegramas de felicitaciones. La acumulación de nombres judíos de amigos y miembros de la familia Hessel no le gustó y se puso a despotricar contra los judíos. Es fácil de imaginar el efecto de ducha fría sobre los asistentes. Helen se quedó destrozada. Otto fue internado poco después y, como su madre, acabará su vida en una «casa de salud». Quizá también, igual que pensaba que su madre se había vuelto loca a causa

de sus hijos demasiado turbulentos, Helen se sintió culpable en la aparición de la enfermedad de Otto. Años más tarde escribirá que su hermano murió loco y que le afectó que se casara con «un hombre judío y feo». En cualquier caso hubieran podido esperar mejor suerte en la ceremonia, aunque Franz y los suyos hicieron como que no se daban cuenta.

Así que colocó la alianza en el dedo de su esposa, repitiéndole que este anillo sería la prueba de su libertad. Pero ¡también habría libertad para él! Porque para Franz era tremendamente importante. Su libertad son sus libros, los que quiere escribir y los que lee en bucle, como los relatos mitológicos que nunca le abandonan. No quiere renunciar a sus largos ensueños, a su forma de estar en el mundo sin vivir en él en realidad.

Así que Helen escuchó el día de su boda palabras bellas y también torpes, no necesariamente las que le hubiera gustado escuchar. Se fueron de viaje de novios y Franz se llevó a su madre. No cabe duda de que a Helen no le hizo ninguna gracia.